

Lo moderno y lo postmoderno

En lugar de la emancipación que pretendía la modernidad logrando el conocimiento perfecto de las cosas, hay una suerte de emancipación posmoderna que consistiría en un extrañamiento por el cual nos liberamos de los elementos locales de nuestro dialecto (de nuestra cultura).

Los comienzos de la Edad Moderna suelen ser datados a fines del Siglo XV. Sin embargo, habrían de pasar muchas décadas para que se manifestaran con claridad las tendencias de lo que hoy llamamos *Modernidad*.

En el mundo premoderno encontramos tres instituciones fundamentales: la familia, el trono y el altar. En la familia, el hombre es esposo, padre y patrón. La casa (el **olkos**) abarca también la vida económica y no sólo a los familiares sino también a los sirvientes.

El Estado era en cierto modo el paso de la pequeña familia a la gran familia gobernada por el monarca, el padre por excelencia. Además, los reyes se consideraban de origen divino, en tanto Dios colocaba al príncipe en el vientre de la reina.

Con la modernidad se transforma la familia y surge la empresa capitalista. Se separa el gobierno de la casa, del gobierno de la empresa. La actividad pasa a manos de hombres libres e iguales (al menos idealmente) que actúan en el mercado, y la familia queda con la función de procrear, criar y educar a los niños.

Para los modernos, la razón no sólo debería regir la actividad científica y técnica, sino también el gobierno de los hombres y la administración de las cosas. La sociedad era imaginada como una construcción

Autor: Roberto Vila De Prado
Bachiller en Ciencias Políticas. Lic. En
Administración Pública. Postgrado
en Metodología de la Investigación.
Estudios a nivel doctoral de Filosofía
y Ciencia Social en América Latina.
Docente de la Universidad Privada
de Santa Cruz de la Sierra

arquitectónica basada en el cálculo; y ante ese todo ordenado, el hombre deba cumplir su función como progenitor, trabajador, ciudadano y soldado, convirtiéndose en agente de una gigantesca obra colectiva.

Al mismo tiempo, la Modernidad sostiene con argumentos plausibles que el poder civil debe diferenciarse del poder del padre sobre los hijos (basado en la relación generacional) y del poder del patrón sobre los sirvientes (basado en la fuerza); pues su fundamento está en el consenso que se manifiesta en

voluntad suprema, sólo hay actos que construyen al hombre y actos que lo destruyen. El bien es aquello que es útil a la sociedad y el mal es lo que la perjudica.

Como se puede apreciar, la Modernidad por medio de la razón y de la educación quiere liberar al hombre de la visión tradicional que le imponían la familia y sus propias pasiones.

Mientras el hombre premoderno se sentía guiado por el destino y lo sagrado, la Modernidad posee una visión racionalista de la naturaleza, del hombre y del mundo; según la cual estamos

iguales, ningún individuo puede ser instrumento de otro. Hay quienes al referirse a la Modernidad hablan del sujeto sólo para señalar la sumisión de éste al orden de la naturaleza y de la historia, dejando de lado la idea de libertad. Lo cierto es que la Modernidad constituye una figura de dos caras: racionalidad y subjetividad.

También encontramos en todas esas corrientes que englobamos con el nombre de Modernidad (idealismo, positivismo, liberalismo, marxismo, etc.) la idea de que la sociedad va evolucionando al pasar por

En la Modernidad la sociedad reemplaza a Dios como principio de juicio moral y llega a convertirse en criterio para evaluar la conducta humana. Para ella no hay una voluntad suprema, sólo hay actos que construyen al hombre y actos que lo destruyen.

múltiples convenciones o pactos sociales.

Pero la Modernidad todavía va más allá, la sociedad reemplaza a Dios como principio de juicio moral y llega a convertirse en criterio para evaluar la conducta humana. Para ella no hay una

sometidos a leyes que la razón debe descubrir, a las que ella también está sometida.

Pero aquí surge una idea complementaria de la racionalidad y, a la vez, contradictoria: el sujeto. Todos los hombres nacen libres e

diferentes etapas que van a culminar en un estado perfecto. Si la historia tiene este sentido progresivo, tendrá más valor lo más avanzado, lo de más vanguardia. Además es necesario que la historia se desarrolle según un curso

unitario, es decir siguiendo una trayectoria unilineal ordenada alrededor de un centro, pensado desde la perspectiva de un ideal de hombre que - según Vattimo - era el hombre europeo. Claro que cuando un iluminista habla de *Naturaleza Humana* considera como universales tanto al indígena como al inglés; aunque para ello deba pensarlos en abstracto, separándolos analíticamente de sus circunstancias.

Los posmodernistas consideran que las ideas de la modernidad han perdido capacidad legitimadora y fuerza explicativa.

La idea de progreso está en crisis. Son pocos los que creen que la historia se transforma siguiendo una marcha ascendente. Por el contrario - subraya Hopenhayn - su trayectoria es discontinua, asincrónica y surcada por múltiples direcciones.

Por consiguiente, al no existir la idea de progreso, ningún sector puede adjudicarse el rol de vanguardia (ni artística ni política) ni considerarse intérprete de la historia.

Los posmodernistas consideran que las ideas de la Modernidad han perdido capacidad legitimadora y fuerza explicativa.

La idea de progreso está en crisis. Son pocos los que creen que la historia se transforma siguiendo una marcha ascendente.

Por el contrario -subraya Hopenhayn- su trayectoria es

discontinua, asincrónica y surcada por múltiples direcciones.

La aceleración del cambio tecnológico y la diversificación de procesos y productos conducen a formas que nos impiden ver la sociedad como integrada por unidades homogéneas y extendidas. Por eso hay analistas que prefieren hablar de actores y movimientos sociales en lugar de recurrir a la

categoría "clases".

La rebelión de los pueblos colonizados y el desarrollo de los *mass media* han producido un verdadero estallido, así como la multiplicación de las cosmovisiones. Surgen entonces las manifestaciones de un número creciente de culturas y subculturas, y ya no se puede concebir al mundo como un proceso unitario. Mas aún, algunos como Vattimo recuerdan que ya Nietzsche había señalado que concebir a la realidad como algo ordenado racionalmente, sobre la base de un fundamento, es sólo un mito tranquilizador propio de una humanidad todavía primitiva. En lugar de la emancipación que pretendía la Modernidad logrando el conocimiento perfecto de las cosas, hay una suerte de emancipación posmoderna que consistiría en un extrañamiento por el cual nos liberamos de los elementos locales de nuestro dialecto (de nuestra cultura). Dada la diversidad de racionalidades (técnicas, religiosas, culturales, estéticas), no hay una sola forma de realizar la humanidad.

la pérdida del sentido de lo trascendente, ligada las migraciones y otras influencias culturales, va dando lugar a la existencia de movimientos neotribales (esotéricos, fundamentalistas, etc.)

para responder a la necesidad de identidad social y a la angustia existencial.

Si hablo mi dialecto en un mundo de dialectos, ser consciente también de que la mía no es la única lengua, sino precisamente un dialecto entre otros (VATTIMO, 1996; 12).

Vale decir que si profeso mis valores en un mundo donde coexisten múltiples culturas, tendré conciencia de las limitaciones de todos estos sistemas, incluyendo el mío. Ahora bien, la exaltación de la diversidad no es acaso la exaltación del mercado, como única institución capaz de ordenar la gran variedad de gustos, lenguajes y estrategias? Sabemos que el mercado es una institución inevitable para detectar ciertos deseos del consumidor y asignar recursos escasos y ganancias acordes al principio del rendimiento, pero también sabemos que no tiene la misma eficacia en la resolución de problemas cualitativos relacionados con el amor y la solidaridad, la

experiencia estética y literaria, la esfera de la ética y la posición del hombre frente al mundo. Pese a ello hay una performatividad que parece predicar la necesidad de que las prácticas gerenciales intervengan en todas las relaciones interpersonales. Por otra parte, la ausencia de un Gran Proyecto de sociedad hace que el individuo se repliegue en lo cotidiano, en sus propios proyectos individuales que no pueden ser sino pequeños y de corta duración. Y es difícil, a partir de esta situación, intentar darle sentido a la existencia. Finalmente, la pérdida del sentido de lo trascendente, ligada a las migraciones y otras influencias culturales, va dando lugar a la existencia de movimientos neotribales (esotéricos, fundamentalistas, etc.) para responder a la necesidad de identidad social y a la angustia existencial.

Un poeta que no tiene nada de posmoderno ha dicho algo que refleja el espíritu del fin de siglo:

*Somos los hombres de hoy
Estamos solos
No tenemos más dioses
No tenemos más ideas
No creemos ni en Jesucristo
ni en Karl Marx
Estamos solos
No creemos en nada
Creemos en todo
No creemos más que en la sangre
Que corre por nuestras venas
En esta sangre está todo el brillo del sol.
Adiós a los generales, que pierden las guerras
Adiós a los príncipes, que pierden sus coronas
Adiós a los banqueros, que pierden su dinero
Adiós a los socialistas, que pierden las revoluciones*

DREU. Le Chef. Gallimard. Pars. 1933

BIBLIOGRAFIA

BOBBIO, N. - BOVERO, M. Origen y fundamentos del poder político. México. Grijalbo. 1984
HOPENHAYN, M. Ni apocalípticos ni integrados. México, F.C.E. 1994
MANSILLA, H.C.F. Por qué no legalizar las drogas. En La Razón (14-08-94)
ORTIZ, R. Notas sobre la mundialización y la cuestión nacional. En Nueva Sociedad. No. 149 (mayo - junio 1997). Caracas ILDIS.
TOURAINÉ, A. Crítica de la modernidad. México, F.C.E. 1994.
VATTIMO, G. Post-Modernos: Una sociedad transparente?. En Revista Medios y Sociedad No. 1 (agosto 1996). Lima. Editorial San Marcos.